

La antigua devota había llegado con objeto de dar el último adiós á su director.

Éste, que había terminado todo cuanto tenía necesidad de hacer en París, y que deseaba abandonarle cuanto antes, tenía un medio de abreviar la escena sentimental que venía á presentarle la vieja marquesa, y estaba seguro del objeto, haciendo valer el deseo que tenía de recogerse en los momentos en que iba á emprender un viaje tan peligroso como el de la China, cuando un lacayo de la marquesa entró de repente y la anunció que á la mariscal de Lamothe-Houdón la acababa de dar un ataque de nervios tan violento que se temía no pudiera salir del acceso.

— Marquesa, dijo monseñor Coletti, cuyas pupilas se inflamaron instantáneamente, ya escucháis, no hay que perder ni un solo momento.

— Corro á casa de mi cuñada, exclamó la marquesa levantándose precipitadamente.

— Vos no me comprendéis, dijo el prelado deteniéndola, no es á casa de la marquesa adonde debéis dirigiros

— ¿Pues á dónde, monseñor?

— Á casa del abate Bouquemont.

— Tenéis razón, monseñor, su alma está más enferma que su cuerpo. Adiós, mi querido amigo, y que Dios os proteja en vuestra larga travesía.

— La pasaré dirigiendo plegarias por vos y por vuestra familia, marquesa, respondió el prelado cruzando sus manos sobre el pecho.

La marquesa partió en su carruaje, y un cuarto de hora después una berlina enganchada á tres caballos de posta, conducía á monseñor Coletti por el camino de Roma.

CAPÍTULO XXVI.

DONDE EL ABATE BOUQUEMONT CONTINÚA HACIENDO DE LAS SUYAS.

Algunos momentos después de la salida de la marquesa de la Tournelle y del digno abate Bouquemont, la mariscal de Lamothe-Houdón había sufrido un espasmo tal, que la doncella que tenía á su lado en aquel momento, había alarmado toda la casa repitiendo con voces descomunales : ¡ La señora se muere !

El antiguo médico del mariscal, á quien la princesa había rehusado siempre el recibirle, prevenido por Grouska, llegó en seguida, y reconoció por los síntomas alarmantes que descubría que había llegado una crisis suprema y que antes de veinticuatro horas la princesa habría dejado de existir.

El mariscal llegó en el momento en que el médico salía de la habitación de la circasiana.

Al ver el aspecto sombrío del médico, Mr. de Lamothe-Houdón lo adivinó todo.

— ¿ Está la princesa de peligro ? preguntó.

El médico inclinó tristemente la cabeza.

— ¿ Nada puede salvarla ? preguntó el mariscal

— Nada, respondió el médico.

— ¿ Y á qué causa atribuis su muerte, amigo mío ?

— Al dolor.

La frente del mariscal se frunció súbitamente.

— ¿ Creéis, doctor, continuó con tristeza el mariscal,

que haya podido causarla yo algún disgusto á la princesa ?

— No, respondió el médico.

— Vos la conocéis desde hace veinte años, y vos habéis observado lo mismo que yo ese continuo letargo en que la mariscala ha vivido continuamente. Cuando os he preguntado respecto de este punto, siempre me habéis citado infinitos casos semejantes, y creído conforme me lo deciais que la especie de soñolencia en que caía la princesa era efecto de algún vicio orgánico, ó un defecto de su constitución física ; pero ahora vos atribuis su muerte al dolor ; explicaos, pues, amigo mío, y si habéis hecho alguna observación en este punto no me dejéis en la ignorancia.

— Mariscal, yo no he observado ni descubierto ningún hecho que aisladamente haya podido motivar mi opinión ; pero de todos los hechos aislados, reunidos y comparados entre sí, resulta á mi entender que ninguna otra causa que el dolor ha influido en la mortal enfermedad de la señora mariscala.

— Esa opinión es de un hombre de mundo ó de un filósofo, señor doctor ; pero yo os pregunto vuestro parecer como hombre de ciencia, vuestro dictamen como médico.

— Mariscal, el verdadero médico es un filósofo que no estudia los cuerpos más que para conocer mejor el alma. El estudio que hace referencia á la princesa ha sido laborioso, difícil ; pero el resultado no puede ser más cierto, y tan verdadero, mariscal, como nosotros estamos en este instante frente á frente el uno del otro, y afirmo sin embargo, en cuanto un hombre puede afirmar sin datos particulares, sino por la sola inspección de los hechos generales, que lo que conduce á la mariscala á la tumba es un sentimiento profundo y terrible.

— No os pregunto más, amigo mío (dijo el mariscal con

un acento conmovido y tendiendo sus manos al viejo médico) ; y si os he preguntado, más ha sido por confirmar mi opinión, que por saber la vuestra. Hace veinte años que he tenido esa misma idea y que la he dado pábulo durante su transcurso, y si á nadie se la he manifestado, ni aun á vos mismo, en quien tengo una confianza ilimitada, absoluta, es porque he pensado que el dolor de una mujer adorada de su marido no podía tener más que una sola causa : ¡ una falta !

— ¡ Mariscal, supongo que creeréis que yo no he tenido ni por un solo instante semejante pensamiento !

— Estoy seguro, amigo mío, añadió el mariscal estrechando las manos del buen doctor. Adiós. ¿ No tenéis ninguna indicación especial que hacerme en cuanto á la salud de la princesa ?

— Ninguna, mariscal, respondió el médico, la señora princesa se extinguirá sin dolor y sin ruido ; entre su vida y su muerte no habrá otra alteración que la que se nota en una vela encendida cuando se apaga lentamente. Cerrará tranquilamente los ojos como para dormir, y su muerte no se diferenciará de su sueño, sino que por esta vez será eterno.

El mariscal de Lamothe-Houdón inclinó tristemente la cabeza y dió el último apretón de manos al doctor, que se retiraba al mismo tiempo.

Un instante después, el mariscal entró en la cámara de la princesa, quien se encontraba tendida sobre su lecho, vestida de blanco como una recién casada, y con el rostro pálido, pero de una palidez tan dulce como la blancura de su traje, aunque con sus cabellos, su rostro, su traje y los ropajes de su lecho tenía ya el aspecto de hallarse reposando en su tumba. Nada faltaba en realidad en aquella

habitación, para creer, al acercarse al lecho, que se llegaba á la alcoba de un cadáver, más que un sacerdote, los cirios y la pila de plata con el agua bendita.

El aspecto de aquel cuarto hizo estremecer al mariscal de Lamothe-Houdón.

Había visto morir muchos hombres durante la guerra. El espectáculo de la muerte no era por lo tanto nuevo para él; pero por valiente que fuese, no comprendía cómo no se la resistía, cómo no había defensa contra ella, y cómo no se procuraba hacerla retroceder lo mismo que á un enemigo.

Esta muerte muda, agradable, sin resistencia ninguna, sin rebelarse contra ella de algún modo, le llenaba de admiración.

Sentía doblarse sus rodillas lo mismo que un niño de algunos meses que quiere levantar un peso imposible; y aproximándose al lecho de la enferma, la dijo con una voz lo más dulce posible:

— ¿Sufrió mucho?

— ¡No! dijo la princesa Rina volviendo la cabeza hacia el lado del mariscal.

— ¿Os encontráis enferma?

— No, respondió por segunda vez.

— Acabo de encontrar al médico que sale de esta habitación, añadió el mariscal.

— ¡Sí! dijo con la cabeza la circasiana.

— ¿Deseáis alguna cosa?

— Sí.

— ¿Qué deseáis?

— Un sacerdote.

En el mismo instante la doncella de la princesa acababa de anunciar la llegada de la marquesa de la Tournelle y del abate Bouquemont. Se hizo penetrar al abate Bouque-

mont, y durante la conferencia, el mariscal se retiró con la marquesa al gabinete de la mariscala.

Ya conocemos las faltas de la mariscala de Lamothe-Houdón, y no las repetiremos, presentando su confesión á la vista de nuestros lectores.

— Hermana, dijo el abate Bouquemont, quien durante el relato de la princesa había comprendido toda la importancia de la misión que le había dado monseñor Coletti, y que entreveía la venganza que iba á tomar de Mr. Rapt, hermana, ¿conocéis la inmensidad de vuestro pecado?

— Sí, respondió la princesa.

— ¿Habéis procurado reparar vuestra falta?

— ¡Sí!

— ¿De qué modo?

— Por el arrepentimiento.

— Es mucho lo que habéis hecho, pero sin embargo no es suficiente; se necesitan reparaciones más eficaces.

— Decidme cuáles son.

— Cuando un hombre ha robado, contestó el abate después de un momento de meditación, ¿creéis vos que el arrepentimiento equivalga á la restitución del objeto de que se apoderó?

— No, contestó la mariscala sin comprender el punto á que iba á parar el sacerdote.

— Pues bien, para vuestras faltas se necesita un medio de reparación parecido, querida hermana, al que se ha establecido para el ladrón.

— ¿Qué queréis decirme?

— Vos habéis robado el honor de vuestro esposo, y á falta de la restitución, que es imposible, la confesión franca, leal, sincera de vuestra falta equivale en semejante caso á la restitución.

— ¿Y por qué? exclamó la princesa. Pero en seguida se detuvo como si quisiera evitar el hacer sentir su voz; después se incorporó y levantando la cabeza hacia el lado en que el abate se encontraba, le miró con tanta expresión, que éste, aunque de un sistema nervioso poco impresionable, no pudo menos de temblar involuntariamente.

— Vos tembláis, señor abate, dijo la princesa continuando mirándole con la misma fijeza.

— ¡Sin duda, hermana! respondió todo turbado el abate Bouquemont.

— Será por el pensamiento de tan terrible reparación, añadió la moribunda conmovida.

— Así es en efecto, porque la idea de las consecuencias que puede atraeros semejante confesión, me afectan vivamente y me hacen compadecerlos.

— Según eso, ¿solamente por mí os inquietáis, señor abate?

— Ciertamente, hermana.

— Está bien, continuó la princesa después de un instante de meditación, no hablemos más, y volvamos al medio de reparación que me presentáis.

La pobre señora no había hablado nunca por tanto tiempo, y se detuvo un instante como para tomar aliento; porque gruesas gotas de sudor inundaban su frente.

El abate no creyó poder hacer mejor cosa que guardar silencio. Ella fué quien le rompió.

— Señor abate, si yo no hago la confesión que me exigís, ¿qué sucederá después?

— Un suplicio eterno para vos en el otro mundo.

— ¿Y un reposo absoluto para el mariscal en este?

— Naturalmente, hermana; pero...

— Pues bien, señor abate, ¿no creéis la reparación más

grande si aseguro al precio de un suplicio eterno para mí el reposo de mi marido?

— No, contestó el abate, á quien esta pregunta le destruía con algún fundamento su argumentación; no, volvió á repetir para dar más fuerza á su negativa á falta de razones convincentes que aducir.

— ¿Queréis decirme por qué, señor abate? insistió la mariscala.

— Porque no se compra la salvación, hermana, respondió el abate con dureza, procurando atemorizar á la pobre mujer, no se adquiere por precio, sino que se la merece.

— ¿Y no es merecer su salvación asegurar la de otra persona?

— No, hermana, y si vos tuviérais que vivir algunos años, dejaría á la Providencia el cuidado de allanaros vuestra conciencia; pero próxima á rendir vuestra alma á Dios, no debéis dudar en entregársela pura y limpia de todo defecto. Comprendo que el modo de lavar vuestros pecados es terrible, pero vos no tenéis los medios de elegirlos, y debéis por lo tanto aceptar el que se os ha ofrecido como una gracia divina.

— Así, murmuró la pobre princesa, la vida de un hombre de bien va á ser alterada por mis faltas, ¡va á ser bruscamente agitada! ¡y es un ministro del Señor quien me lo aconseja! ¡Oh, Dios mío, dadme luz vos mismo, haced entrar uno de vuestros rayos de luz en mi corazón, tan oscuro en estos momentos como el subterráneo de una prisión!

— ¡Así sea! añadió el abate.

— Señor abate, continuó resueltamente la mariscala, juradme ante Dios que esta reparación es indispensable.

— Todo juramento es impio, hermana, dijo severamente el abate.

— Entonces, señor abate, dadme razones en apoyo de vuestro consejo; dadme una sola, yo no pido más que el someterme á lo que me propongáis, pero deseo tener alguna convicción.

— Eso es orgullo y debilidad de espíritu, hermana. El justo nunca necesita demostración, porque siente lo que debe hacer.

— Precisamente porque no tengo ese sentimiento, es por lo que os pido, por lo que os suplico que me le hagáis comprender.

— Os repito, que eso es vuestro orgullo y vuestro espíritu que se rebela contra vuestra conciencia, porque vuestra conciencia os grita, y no tengo necesidad de repetir estas palabras: « Todo el mal que hayas hecho, debes repararle. » Tal es el mandamiento supremo, tal es el decreto soberano. ¿ Pero qué importan los gritos de la conciencia para los espíritus perversos? Supongamos que os presentáis ante el tribunal de Dios, manchada con ese crimen cuando habríais podido entrar purificada de él. ¿ Creéis que Dios, en su rigurosa justicia, no buscará un mensajero que venga á decir á este marido ofendido: « Hombre, la mujer que era tuya ante Dios, te ha hecho traición entre los hombres? »

— Perdón, señor abate, exclamó la pobre mujer confundida.

— ¡ Hombre! continuó el abate con una voz estentórea, esta mujer había recibido de mí el consejo de pedirte perdón de su falta, y ha sido bastante criminal para venir á presentarse ante las gradas de mi trono con la frente empañada.

— ¡ Perdón, perdón! repitió la princesa.

— ¡ No hay perdón! gritará la voz divina: « Hombre, no tengas piedad para el crimen de esa infame, y maldice su nombre sobre la tierra como yo castigaré su alma en los cielos. » Hé aquí el terrible castigo que Dios os reserva, tanto en las alturas como en este profundo valle, porque, os lo repito, Dios no podrá permitir que el marido que os ha dado permanezca en la ignorancia de vuestro crimen y de su vergüenza.

— Basta, señor abate, exclamó con una voz fuerte la mariscal recobrando por un momento todas sus fuerzas, y levantándose bruscamente y señalando con el dedo la puerta, dijo con una voz tranquila: No concedo á nadie el derecho de instruir á mi marido; salid y prevenid al mariscal que le espero.

— Pero, señora, exclamó el abate, á quien la cuestión le había hecho inferior, vos me habláis con una amargura de que no puedo explicarme la causa.

— Os hablo, señor abate, respondió con valor la princesa, como á un hombre cuyos designios entreveo vagamente sin comprenderlos. Volad, si os agrada, y al salir rogad al mariscal que entre conmigo.

Y volviéndole la espalda se tendió de nuevo sobre su lecho.

El abate salió después de haber lanzado sobre la pobre mujer una mirada llena de cólera y de indignación.

Pero esto era demasiado para la princesa. La lucha que había sostenido por tanto tiempo con el abate había extinguido sus últimas fuerzas, y cuando el mariscal entró en la alcoba, lanzó un sordo gemido al verla tan apagada que apenas parecía tener algunos instantes de vida.

Llamó á la doncella de la princesa, quien corrió inme-

diatamente al lecho de su señora, y frotándola las sienes la hizo volver poco á poco de su languidez.

Apenas se abrieron sus ojos, se volvió espantada hacia la puerta de la estancia.

— ¿Qué miráis, amiga mía? preguntó dulcemente el mariscal.

— ¿Se ha marchado? dijo con voz temblorosa la princesa.

— ¿Quién, señora? preguntó su fiel Grouska con los ojos bañados en lágrimas á la vista de su señora.

— ¡El sacerdote! respondió la mariscala, en cuya fisonomía estaba pintado un profundo terror lo mismo que si hubiera visto entrar en su alcoba una legión de espíritus infernales, conducidos por el abate Bouquemont.

— Sí, contestó el mariscal, cuyo entrecejo se frunció ante la idea de que el abate había podido ocasionar sin duda el estado alarmante en que se encontraba su mujer.

— ¡Ah! continuó la princesa como si se la hubiera quitado un peso enorme de su pecho, y después volviéndose hacia su doncella, la dijo:

— Retírate, Grouska, tengo que hablar con el mariscal.

La doncella salió dejando á la princesa frente á frente con su marido.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

LIBRO VIGÉSIMONONO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CONFESIÓN.

— Aproxímaos á mí, señor mariscal, dijo la princesa con una voz-tan débil, que Mr. de Lamothe-Houdón apenas pudo entenderla, porque mi voz se concluye y tengo muchas cosas que deciros.

El mariscal aproximó un sillón y se sentó al lado de los almohadones.

— No estáis en estado de hablar, la dijo, no me contéis nada, dadme vuestra mano y quedaos dormida.

— No, señor mariscal, yo no puedo dormir más que un eterno sueño, y antes de mi muerte tengo que hacer os una confianza.

— No, Rina, no, respondió el mariscal, vos no moriréis, vuestra misión aún no se ha llenado sobre la tierra, amiga mía, y nosotros no debemos morir sino cuando nuestra obra está concluida. Aun nuestra hija menor tiene necesidad de todos vuestros cuidados.